

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy gracias por habernos dado vuestra santa ley, y por haberla escrito, para que nunca las pasiones puedan alterarla. Inspiradme un gran respeto hácia vuestra santa palabra.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oiré con profundo respeto la lectura del Evangelio.*

LECCION III.

CONOCIMIENTO DE DIOS. — DIOS CONSIDERADO EN SÍ MISMO.

Su existencia. — Pruebas. — Rasgos históricos. — Perfeccion de Dios. — Eternidad, Independencia, Inmensidad, Unidad, Inmutabilidad, Libertad, Espiritualidad, Inteligencia. — Providencia. — Pruebas.

La primera verdad que el Catecismo nos enseña es, como ya hemos dicho, que hay un Dios.

Callad, cielos y tierra; hijos de los hombres, escuchad. Antes de todos los siglos, mas allá de todos los cielos, encima de todos los mundos, hay un SER eterno, infinito, inmutable, que es principio, fin y felicidad de sí mismo. Toda la creacion con sus soles y sus mundos, cada uno de los cuales contiene otros millares de mundos, no es mas que un reflejo de la gloria de este gran SER. Está en todas partes, lo ve todo, lo oye todo. Ser de los seres, ¿quién soy yo, débil mortal, para hablar de vuestras grandezas? El silencio es el solo himno digno de Vos: *Silentium tibi laus, Deus, in Sion.*

En primer lugar, ¿cómo os llamaremos? « Ser superior á todos los seres, decía en otro tiempo uno de los que ahora están contemplando vuestra inefable esencia; Ser superior á todos los seres, hé aquí el solo nombre que no es indigno de Vos. ¿Qué lengua podrá apellidaros, si todas las lenguas son incapaces de expresar vuestra idea? Sois inefable para todas las bocas, porque Vos sois quien habeis dado la palabra á todas ellas.

» Sois incomprendible, porque todas las inteligencias emanan de Vos. Todo pregona vuestras alabanzas: lo que habla os alaba con sus aclamaciones, lo que carece de palabra, con su silencio. Todo venera vuestra majestad: la naturaleza viva y la naturaleza muerta. » Á Vos se dirigen todos los deseos y todos los dolores, á Vos se elevan todas las súplicas. ¡Oh vanidad de las expresiones humanas! » Todos estos nombres os convienen, mas ninguno de ellos basta á designaros. En la inmensidad del universo, Vos sois el único que no teneis nombre. ¿Quién es capaz de penetrar mas allá de todos los cielos hasta vuestro impenetrable santuario? Ser superior á todos los seres, hé aquí el solo nombre que no es indigno de Vos. »

¡Este es Dios!  
¿Qué hombre ha dudado nunca de su existencia? El impío puede

4 San Gregorio Nazianceno.

decir en su *depravado corazón*: No hay Dios; pero afirmarlo con una convicción sincera jamás: todavía no se ha encontrado un ateo de buena fe. Y á la verdad, á menos de haber perdido la razón, es imposible negar un ser cuya existencia se revela con mas claridad que la presencia del sol cuando brilla con todos sus rayos en medio de un cielo sereno. Así pues, solo pondremos aquí, hijos míos, tres pruebas de la existencia de Dios. 1º. *La necesidad de un ser criador*. No hay efecto sin causa: un palacio supone un arquitecto, un cuadro un pintor, una estatua un escultor; la tierra con sus gigantescas montañas, sus fértiles llanuras, sus lagos y sus ríos; el mar, su inmensidad, su movimiento regular, sus espumosas olas y sus monstruosos habitantes; el cielo con sus globos luminosos, inmensos, innumerables, supone también una causa todopoderosa, creadora de tantas maravillas.

¿Cuál es esta causa? Estas maravillosas obras ¿son por ventura causa de sí mismas? Empero, todas os responden con su elocuente lenguaje: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos. Nos ha hecho Dios, y no nosotros mismas*. No, no se han hecho á sí mismas, porque ellas no son Dios; la tierra no es Dios, el mar no es Dios, el cielo no es Dios, el universo no es Dios: estas criaturas no tienen las propiedades ni los caracteres incomunicables del Ser por excelencia, la eternidad, la independencia, la inmensidad, la libertad, la espiritualidad.

¿Cuál es, pues, la causa que ha producido tantas maravillas? ¿La casualidad? Pero la casualidad no es nada; es una palabra vacía de sentido de que se sirve el hombre para ocultar su ignorancia, como el mendigo de un harapo para cubrir su desnudez. En efecto, decimos que una cosa sucede por casualidad, para significar que ignoramos su causa; mas no por esto deja de existir esta causa. De consiguiente la casualidad no es nada, y por lo mismo no puede haber hecho el mundo.

¿Cuál será, pues, la causa creadora del universo? ¿Serán los hombres? Verdaderamente es muy extraño que la historia no haya conservado el nombre del astrónomo que ha formado el sol y suspendido las estrellas en el firmamento; el del geólogo que ha fabricado los Alpes; el del químico que ha compuesto el Océano. ¡Ah! todos los hombres juntos no son capaces de hacer un mosquito, un grano de arena, y ¿habrán hecho el universo?

Si, pues, por una parte ni la casualidad ni el hombre han hecho las maravillas que embargan nuestra vista, y si por otra parte esas admirables obras no han existido siempre, ni han podido hacerse á sí mismas, ya que carecen de las propiedades del Ser necesario; debemos precisamente reconocer que son obra de aquel Ser eterno, infinito y todopoderoso á quien todos los pueblos llaman *Dios*.

2º. *El testimonio de los hombres*. Sí, todos los pueblos le han dado un nombre, porque todos han creído en la existencia de este Ser,

principio de todos los otros seres<sup>1</sup>. Han podido equivocarse en lo que toca á sus perfecciones y atributos; pero siempre han reconocido su existencia. Retroceded hasta la cuna del género humano, seguidle á los diversos climas que ha habitado sucesivamente, sin que ningún país, ninguna nación, ninguna familia se oculte á vuestras miradas; de los pueblos civilizados pasad á las naciones bárbaras, recorred las tribus degeneradas que han puesto sus tiendas en medio de las ardientes arenas del África, ó las hordas salvajes que vagan por las dilatadas selvas del Nuevo Mundo; en todas partes oiréis pronunciar el nombre de Dios; en todas partes el género humano os revelará su presencia con los altares que erige para gloria de este gran Ser, con el olor de los sacrificios que ofrece en su honor, y con el eco de los cánticos y plegarias que eleva á su eterno trono. Dad la vuelta al mundo, y mas fácil os será encontrar una ciudad edificada en el aire, que un pueblo sin conocimiento de Dios.

Preciso es que esta grande idea de Dios esté muy arraigada y sea muy indestructible en el corazón humano, puesto que el hombre, sumido en el fango de los mas viles deleites, y hecho en algun modo semejante á los brutos, pronuncia sin embargo, á pesar suyo, el nombre de Dios, y dirige sus miradas hácia la mansion de este gran Ser. Así lo observaba Tertuliano á los paganos de su tiempo: « ¿Queréis, les » decia, que os pruebe la existencia de Dios por el solo testimonio del » alma? Pues bien, aunque encerrada en esta prision de barro, em- » bargada por una multitud de preocupaciones, enervada por las pa- » siones y la concupiscencia, y esclava de las falsas divinidades, » cuando el alma vuelve en sí cual si saliera de la embriaguez ó de » alguna enfermedad, y recobra por un momento la salud, entonces » proclama á Dios, y lo invoca bajo el solo nombre que le conviene. » ¡Dios mio! ¡Gran Dios! estas palabras salen de la boca de todos » los hombres. *Omnium vox est*. ¡Oh testimonio del alma natural- » mente cristiana! *O testimonium animæ naturaliter christianæ!* Y » cuando así se expresa, no mira al Capitolio, sino al cielo, porque » sabe muy bien que allí está el asiento del Dios vivo, y que ella » misma procede de allí y de él<sup>2</sup>. »

Tiene razón Tertuliano, pues que el hombre y el mundo proclaman á porfía al Ser criador de todas las cosas; de manera que la locura de los ateos que se atreven á rechazar este doble testimonio, es otra de las pruebas de la existencia de Dios.

3º. *Absurdidad del ateísmo*. Llámense ateos los que niegan la existencia de Dios. ¿Queréis saber hasta qué punto el ateo inspira horror y compasión? Oid su símbolo y su decálogo:

<sup>1</sup> Véanse sus testimonios en Jacquetot, *Tratado de la existencia de Dios*, etc.

<sup>2</sup> Apolog. c. 18.

Creo todo lo increíble.

Creo que hay efectos sin causa, cuadros sin pintor, relojes sin relojero, casas sin arquitecto.

Creo que el primer hombre se formó por sí solo, ó que nació al pié de un pino como un hongo.

Creo que no hay bien ni mal, vicio ni virtud; que matar á mi padre ó sustentarle es todo uno.

Creo que todos los hombres son locos; que hay tanta razon en el dedo meñique de mi mano como en todas las cabezas humanas.

Creo que soy un irracional; que entre yo y mi perro no hay mas diferencia sino que él tiene cola y yo no la tengo.

Este último artículo es el único en que el ateo no discurre del todo mal. Quizás pensaréis que obramos de ligero atribuyendo á los ateos todas esas absurdidades; mas no lo creais, pues son la rigurosa consecuencia de su sistema, y á mayor abundamiento las hallaréis escritas con todas las letras en sus obras. De consiguiente el que niega la existencia de Dios, tiene que tragar todas esas muelas de molino. Pero aun ha de tragar otras; oid el decálogo del ateo:

*Darás rienda suelta á todos tus vicios y pasiones.* Este es el primero y mas grande mandamiento del ateismo. En efecto: supuesto que no hay Dios, ni alma, ni deber, ni bien, ni mal, ni cielo, ni infierno, todo se acaba con la muerte. Luego toda la religion y toda la filosofia se reducen á comer bien, beber mejor, dormir y digerir: el que no lo hace así, es un necio.

Hé aquí otro mandamiento no menos importante que el primero: *Mirarás á todos los hombres como otros tantos instrumentos ú obstáculos:* como instrumentos los harás servir, en cuanto puedas, para tu provecho; como obstáculos, los destruirás sin ninguna especie de miramiento. Así pues, si te conviene triturarlos en un mortero, los triturarás; si te conviene despojarles, hurtarás y retendrás obstinadamente sus bienes: si te conviene disfamarles, les levantarás falsos testimonios, y mentirás osadamente. Ya veis que esta moral es la moral de los lobos, pues que enciende la guerra de todos contra todos, convierte el mundo en una ladronera, y no deja subsistente mas proteccion que la del verdugo. Estas son las horrosas máximas del ateismo; máximas escritas, reconocidas, practicadas, á lo menos en parte; porque afortunadamente el hombre es siempre mejor ó peor que sus principios. Tal es el símbolo y tal el decálogo del ateismo. En su vista hemos dicho y repetimos, que no ha habido jamás ningun hombre bastante loco para defender de buena fe semejante sistema, y negar con la mano sobre el corazon la existencia de Dios.

De todos modos, será bueno recordar á nuestros *espíritus fuertes* el testimonio del hombre mas grande de nuestros tiempos. Napoleon, discurriendo un dia en Santa Helena con uno de sus generales sobre

la existencia de Dios, hablaba de este modo: « Me preguntais: Qué » es Dios, si le conozco, y qué noticias tengo acerca de él. Voy á con- » testaros. Decidme á vuestra vez: ¿Cómo conoceis que un hombre » tiene talento? ¿Habeis visto jamás el talento? ¿Acaso puede verse? » ¿Por qué creéis que existe? Vemos el efecto, del efecto subimos á la » causa, la buscamos, la encontramos y creemos en ella, ¿no es » verdad? Así, en un campo de batalla, cuando se ha empeñado la » accion, si de repente se observa la bondad del plan de ataque por » la rapidez y exactitud de las maniobras, se admira uno y exclama: » ¡Hé aquí un hombre de talento! ¿Por qué razon, en lo mas recio de » la pelea, cuando la victoria parecia indecisa, vos érais el primero » que me buscaba con los ojos? Sí, vuestros labios me llamaban, y de » todos lados partia la misma voz: ¡El Emperador! ¿Dónde está el » Emperador? ¿Cuáles con sus órdenes?

» ¿Qué grito era este? Era el grito del instinto y de la creencia ge- » neral en mí y en mi talento.

» Pues bien, yo tambien tengo un instinto, una certitud, una creen- » cia, un grito que se me escapa involuntariamente: reflexiono, con- » templo la naturaleza y sus fenómenos, y digo: *Dios*. Admirome, y » exclamo: *Hay un Dios*.

» Mis victorias os hacen creer en mí; pues á mí el universo me » hace creer en Dios. Creo en él por lo que veo y por lo que siento. » ¿Por ventura esos maravillosos efectos de la omnipotencia divina » no son tan positivos y mas elocuentes que mis victorias? ¿Qué es la » mas hermosa maniobra en comparacion del movimiento de los as- » tros? Ya que creéis en el talento, ¿tendréis la bondad de decirme » de dónde le viene al hombre de talento esa invencion de ideas, la » inspiracion, ese golpe de vista que solo él tiene? ¡Responded! ¿De » dónde procede todo esto? Decidme su causa. La ignorais, ¿no es » verdad? Pues yo tambien la ignoro, y nadie está mejor informado » que nosotros dos; y sin embargo, esta particularidad que distin- » gue á algunos individuos ¿no es un hecho tan evidente y positivo » como cualquier otro? Ahora bien, supuesto que hay tal diversidad » en la capacidad de los hombres, es preciso que haya una causa, es » necesario que alguno la establezca: este alguno no somos vos ni yo, » y el talento es una mera palabra que no da la menor razon de su » causa. No falta quien dice que esta causa está en los órganos; pero » esto es una necesidad buena para un carabinero, mas no para mí, ¿lo » entendéis?...

» Los efectos prueban la causa, y los efectos divinos me hacen creer » en una causa divina. Sí, existe una causa divina, una razon supre- » ma, un ser infinito; y esta causa es la causa de las causas, esta ra- » zon es la que ha creado la inteligencia. Hay un ser infinito, en cuya » comparacion, general B..., vos no sois mas que un átomo, y yo,

» Napoleon, con todo mi talento, soy un puro nada. Conozco que  
» existe este Dios... le veo... tengo necesidad de él... creo en él... Si  
» vos no estais convencido de su existencia, si no creéis en él, tanto  
» peor para vos<sup>1</sup>. »

Á la elocuente demostracion del grande hombre vamos á añadir el sencillo pero concluyente argumento de un niño. — Años pasados, un jóven de provincia fué á París á concluir sus estudios, y, como tantos otros, tuvo la desgracia de tratar con malas compañías. Sus pasiones, acordes con las impías máximas de sus compañeros, le hicieron olvidar las lecciones de su piadosa madre, y despreciar la Religion, de manera que llegó por fin á pensar y decir como aquel insensato de que nos habla el Profeta: *No hay Dios; Dios no es mas que una palabra*. Dirémos de paso que la impiedad empieza siempre así: es una planta que solo echa raíces en el lodo. Despues de haber permanecido algunos años en la capital, nuestro jóven volvió al seno de su familia. Cierta dia fué convidado á una casa respetable donde habia una numerosa concurrencia.

Mientras que todos hablaban de noticias, diversiones ó negocios, dos niñas de doce á trece años leían juntas, sentadas en el alfeizar de una ventana. El jóven se acercó á ellas y les dijo: Señoritas, ¿qué novela es esa que estais leyendo con tanta atencion? — Caballero, no leemos ninguna novela. — ¿No? pues entonces, ¿qué libro leéis? — La historia del *pueblo de Dios*. — ¿La historia del pueblo de Dios! ¿Acaso creéis que hay Dios?

Las jóvenes, sorprendidas de semejante pregunta, se miraron una á otra, cubriéndose de rubor su semblante. Y vos, ¿que no lo creéis, caballero? le dijo con viveza la mayor de las dos. — En otro tiempo lo creía; pero desde que he estado en París y he aprendido la filosofía, las matemáticas y las ciencias políticas, me he convencido de que Dios no es mas que una palabra. — Pues yo, caballero, no he estado nunca en París, ni he estudiado filosofía, ni matemáticas, ni ninguna de esas importantes cosas que vos sabeis; no sé mas que el Catecismo; pero ya que sois tan instruido y decís que no hay Dios, ¿me sabriais decir de dónde procede el huevo?

La jóven pronunció estas palabras con voz bastante alta, de manera que muchos de los circunstantes las oyeron. Acercáronse algunos para saber de qué se trataba, luego les siguieron otros, y por último toda la concurrencia se reunió enfrente de la ventana para oír la conversacion. — Sí, caballero, repuso la jóven, ya que decís que no hay Dios, tened la bondad de decirme de dónde procede el huevo. — ¡Vaya, qué pregunta! el huevo procede de la gallina. — ¿Y de dónde procede la gallina? — Vos lo sabeis tan bien como yo, señorita; la ga-

<sup>1</sup> *Pensamientos de Napoleon acerca de Jesucristo*, pág. 75 y sig.

llina procede del huevo. — Muy bien; ¿y qué existió primero, el huevo ó la gallina? — Á la verdad no sé á dónde quereis ir á parar con las gallinas y los huevos; pero en fin la que existió primero fué la gallina. — Luego hubo una gallina que no procedió de un huevo. — ¡Ah! es verdad, señorita, me equivocaba; el que primero existió fué el huevo. — Luego hubo un huevo que no procedió de una gallina. Responded, caballero. — ¡Oh! no... perdonad... es que... porque... ya veis... — Lo que veo, caballero, es que ignorais si el huevo existió antes de la gallina, ó esta antes que el huevo. — Pues bien, digo que existió antes la gallina. — Enhorabuena; luego tenemos una gallina que no procedió del huevo. Decidme ahora: ¿quién crió esta primera gallina de la que han procedido todas las otras y todos los huevos? — Parece que con vuestras preguntas de huevos y gallinas me tomáis por una criada de gallinero. — Perdonad, caballero; únicamente os suplico que me digais de dónde procedió la madre de todas las gallinas y de todos los huevos. — Pero en fin... — Puesto que no lo sabeis, me permitiréis que os lo enseñe. El que crió la primera gallina, ó si quereis, el primer huevo, es el mismo que crió el mundo, y á este Ser le llamamos Dios. ¡Cómo, caballero! ¿no podeis, sin Dios, explicar la existencia de un huevo ó de una gallina, y pretenderéis explicar sin Dios la existencia del universo?

El jóven impío no pasó adelante, tomó furtivamente su sombrero, y se fué avergonzado, segun dicen, *como una zorra hecha presa de una gallina*<sup>1</sup>.

Pasamos de la existencia de Dios á sus adorables perfecciones.

Dios es un espíritu infinito, eterno, incomprendible, que está en todas partes, que todo lo ve, que todo lo puede, que todo lo ha criado con su poder, y que lo gobierna todo con su sabiduría. Quien dice Dios, dice el Ser por excelencia, el Ser propiamente dicho, el Ser infinitamente perfecto; y de esta nocion incontestable se deducen, por una cadena de consecuencias evidentes, todos los atributos esenciales de la Divinidad.

1º. *La eternidad*. Siendo Dios infinitamente perfecto, resulta que no hay ningun principio exterior de su existencia, y que es por sí mismo y por la necesidad de su ser. No habiéndose dado Dios el ser y no ha-

<sup>1</sup> Á este rasgo podemos añadir otro. Hace muy poco tiempo uno de nuestros pretendidos ateos viajaba en un carruaje público, y durante el camino, que habia sido largo, no habia cesado de aturdir á los viajeros con su impía charla. Al llegar á una parada, miró por la portezuela, y vió las niñas que salian de la escuela de las buenas Hermanas de san Vicente. Dirigióse á la primera de la fila, y le dijo con aire burlon: Oye, niña, tres cuartos voy á darte si sabes decirme quién es Dios. La niña comprendió que queria burlarse; salió de la fila, se acercó al carruaje, y le dijo: *Dios es un espíritu puro, caballero, y vos no sois mas que una bestia*. Hizo luego la niña un gran saludo, y volvió sonriéndose á reunirse con sus compañeras. Ya se adivina lo demás...

biéndolo recibido, es por consiguiente el Ser mismo, y es eterno, es decir, que no tiene principio ni fin. Él es; hé aquí su nombre: *Yo soy el que soy*, definición sublime, incomunicable, que da de sí mismo: *Ego Jehovah: yo Jehovah: hé aquí mi nombre para la eternidad*<sup>1</sup>. Reflexionemos ahora que somos imágenes de Dios y estamos obligados á representarnos en nosotros las perfecciones de este divino modelo. Porque está escrito: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*<sup>2</sup>. Para imitar esta primera perfeccion, respondamos á todas las criaturas finitas, perecederas, que vendrán á solicitar el amor de nuestro corazon: Yo soy mas grande que vosotras, y nací para cosas mayores; soy inmortal. Y en todo cuanto hagamos no perdamos de vista la eternidad.

2º. *La independencia.* Siendo Dios el Ser por excelencia, el Ser infinito, no puede tener superior ni igual, pues de otra suerte seria limitado, imperfecto, y no seria Dios. Imágenes de Dios, seamos tambien nosotros santamente independientes de los hombres, de las criaturas, y de nuestras pasiones; en una palabra, de todo lo que no es la voluntad de nuestro único Señor.

3º. *La inmensidad.* Siendo Dios el Ser infinito, resulta que no puede ser limitado por causa alguna, por tiempo alguno y por lugar alguno, ni en alguna de sus perfecciones, porque es infinito en todos sentidos, y por consiguiente tan inmenso como eterno. Imágenes de Dios, imitemos á nuestro modelo con la inmensidad de nuestra caridad y de nuestros buenos deseos.

4º. *La unidad.* Siendo Dios el Ser infinito, resulta que es uno, que es único: ¿qué puede haber fuera de lo infinito mas que la nada ó imágenes de lo infinito? Imágenes de Dios, seamos como él; que Dios sea todo para nosotros, como es todo para él, y que sea tambien la nuestra la divisa del seráfico san Francisco: Mi Dios y mi todo.

5º. *La inmutabilidad.* Siendo Dios el Ser infinito, no puede perder ni adquirir nada, ni modificarse, ni cambiar, ni tener pensamientos nuevos ó voluntades sucesivas; luego es inmutable. Imágenes de Dios, nuestro deber es ser inmutables en la verdad, en la caridad y en la práctica de las virtudes. ¡Desgraciados los corazones inconstantes!

6º. *La libertad.* Siendo Dios infinito, ninguna causa extraña puede entorpecer sus operaciones. Luego crió libremente el mundo en el tiempo, sin que le haya ocurrido una nueva accion ni un nuevo designio, pues lo quiso de toda la eternidad, y se produjo el efecto en el tiempo. Y tan libremente como lo crió, lo gobierna. Imágenes de Dios, ¡ah! que nunca sujeten nuestras manos ó entorpezcan nuestros piés las vergonzosas cadenas del pecado. ¡Ser hijos de Dios y llevar el yugo de Satan! ¿Es posible sostener este pensamiento?

<sup>1</sup> Exod. iii, 14.

<sup>2</sup> Matth. v, 48.

7º. *La espiritualidad.* Siendo Dios infinito, resulta que no tiene cuerpo, porque todo cuerpo es limitado, imperfecto, sujeto al cambio y á la disolucion. Luego Dios es un puro espíritu. Ser simple, invisible, aunque presente en todas partes, sin mezcla y sin forma, no puede ser visto con nuestros ojos, tocado con nuestras manos, ni percibirse con ninguno de nuestros sentidos. De modo que cuando oigais hablar de las manos, de los brazos, de los piés, de los oidos ó de los ojos de Dios, y cuando le oigais expresando sentimientos de cólera ó de odio, tened cuidado de no entender estas palabras literalmente y en una acepcion material ó humana, pues no es mas que un lenguaje figurado por el cual la Majestad divina se digna rebajarse hasta el alcance de nuestra débil inteligencia. Lo mismo sucede en el trato diario; siempre que nos encontramos con hombres poco civilizados, adoptamos su lenguaje para que nos entiendan. Luego cuando se habla de las manos, de los brazos, de los oidos ó de los ojos de Dios, se quiere decir, respecto á sus manos, que todo lo hace; por sus brazos, que todo lo puede; por sus oidos, que todo lo oye; por sus ojos, que todo lo ve, y por su odio y su cólera, que no puede tolerar el pecado, y que lo castiga segun lo merece. Imágenes de Dios, seamos cual ángeles en cuerpos mortales, que la vida espiritual domine siempre en nosotros la vida de los sentidos, hasta el dia afortunado en que una y otra serán absorbidas por la vida del mismo Dios, á quien serémos semejantes.

8º. *La inteligencia.* Siendo Dios infinito, resulta que lo sabe todo, el pasado, el presente y el porvenir; ó mas bien, que para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo le está presente. El mundo es uno de sus pensamientos, y lo comprende y penetra mil veces mejor que comprendemos y penetramos nosotros mismos nuestro propio pensamiento.

Viéndolo Dios todo en el presente, resulta que el conocimiento que tiene de las acciones humanas no obsta en nada á nuestra libertad. Es cierto; las acciones del hombre no se efectúan porque son vistas de Dios, sino por el contrario, son vistas de Dios porque se efectúan. Sostener lo contrario, fuera sostener un absurdo y una blasfemia: un absurdo, porque seria pretender que Dios ve lo que no es, y una blasfemia, porque esto seria aniquilar la libertad del hombre.

La razon es clara. Si las acciones del hombre se efectúan porque Dios las ha visto, es evidente que ellas deben tener efecto á pesar de nuestra voluntad. De otra suerte Dios se habria engañado, y el argumento siguiente seria rigurosamente lógico: Ó Dios ha previsto que yo moriré dentro de un mes, por ejemplo, ó no; si lo ha previsto, moriré por mas que haga y cualesquiera que sean las precauciones que tome; y si, por el contrario, Dios no lo ha previsto, no moriré por mas que haga, por imprudencias que cometa, aunque rehuse toda clase de alimentos y aunque me precipite de lo alto de una torre. Lo

absurdo de semejante razonamiento hace que salte á la vista lo absurdo de la proposición de que las acciones humanas necesitan la presencia divina. Imágenes de Dios, veamos como él de una sola ojeada el pasado, para humillarnos y darle gracias; el presente, para sacar de él provecho, y el porvenir, para prepararlo. Y puesto que Dios lo ve todo, pensemos también en que nos ve.

¡Dios me ve! Estas tres palabras han impedido ó impedirán aun mas crímenes que todos los predicadores juntos. El pensar que Dios está en todas partes llena el alma de religión, de respeto, de confianza y de amor, y el recuerdo de la presencia de Dios es la escuela de todas las virtudes. Los santos y los patriarcas del Antiguo Testamento tenían un particular cuidado de andar siempre en esta santa presencia. *Vive el Señor en cuya presencia yo estoy*<sup>1</sup>. Tal era su divisa, su grito de guerra, su expresión familiar. David no se contentaba con ensalzarle siete veces al día: «Tenía, dice, al Señor siempre presente delante» de mis ojos, porque sé que está siempre á mi derecha para impedir» que nada me turbe<sup>2</sup>. »

¿No imitarémos á aquellos grandes hombres, nuestros modelos y maestros? ¿Qué mas propio que el pensar que Dios nos mira para alentarnos al bien, consolarnos en nuestras penas, y conservarnos en nuestros deberes? ¿Nos atreverémos á hacer delante de Dios lo que nos avergonzaríamos de hacer delante de un criado?

Añadid á todas las perfecciones de que hemos hablado el poder, la santidad, la bondad, la verdad, la misericordia, y todo esto en el grado mas elevado, y tendréis ese Ser que llama Dios la lengua de todos los pueblos<sup>3</sup>. ¡Qué grande, y, al mismo tiempo, qué bueno es! porque Dios hace servir todas estas perfecciones adorables en ventaja de los hombres y de las criaturas. No abandonó el mundo al azar despues de haberlo sacado de la nada, sino que como gobierna un rey sus Estados y un padre su familia, así Dios gobierna el universo. Este pensamiento nos conduce á hablar de la Providencia. Principie-mos por definir con claridad esta hermosa palabra que tantas personas pronuncian sin saber su significado. *La Providencia es el gobierno de Dios en el mundo, ó la acción de Dios sobre las criaturas para conservarlas y conducir las á su fin*. Ella supone el ejercicio de todas las perfecciones divinas, pero especialmente del poder, de la sabiduría y de la bondad: se extiende á todas las criaturas, lo mismo á las mas grandes que á las mas pequeñas; es decir, que Dios vela igualmente por el monarca que por el esclavo, por el anciano como por el niño,

<sup>1</sup> III Reg. xvii.

<sup>2</sup> Psalm. xv, 8.

<sup>3</sup> Véase á Fenelon, *De la existencia de Dios*; Bergier, art. *Dios*; santo Tomás, p. 1, q. 2.

y por esos cuerpos inmensos que ruedan sobre nuestras cabezas como por el insecto que se arrastra á nuestros piés, conservando igualmente á los unos y á los otros, y conduciéndolos á su fin. Como existen dos especies de criaturas, las materiales y las espirituales, de aquí resulta la Providencia en el orden físico y la Providencia en el orden moral.

La Providencia en el orden físico es la acción por la cual Dios conserva y dirige á su fin á todas las criaturas materiales, el cielo, la tierra, el mar, las plantas y los animales.

La Providencia en el orden moral es la acción por la cual Dios conserva y dirige los seres espirituales, el Ángel y el hombre, á su fin.

Se comprende fácilmente que las leyes de la Providencia que rigen las criaturas inanimadas no son las mismas que gobiernan las criaturas racionales y libres. Á las primeras impone Dios su voluntad sin dejarles la libertad de separarse de ellas jamás, de modo que el sol no es libre de salir ó no todos los días, el mar de efectuar ó no su movimiento diario, y los animales de cambiar su modo de vivir, de cazar ó de albergarse. Sucede de otra suerte con las criaturas racionales. Dios les ha dado leyes que les invita á observar por medio de las recompensas que les promete ó los castigos con que las amenaza; pero no las fuerza, y pueden violarlas ó cumplirlas. Siendo libres, deben honrar á Dios con la sumisión voluntaria de su alma y de su corazón á sus soberanos mandatos.

De aquí resulta que las criaturas inanimadas alcanzan necesariamente el fin para el cual Dios las ha criado. Para ellas no hay mérito ni demérito, bien ni mal, y por consiguiente recompensas ni castigo. Por el contrario, las criaturas racionales alcanzan su fin ó se separan de él por el libre ejercicio de su voluntad, por lo cual hay para ellas mérito y demérito, bien y mal, y por consiguiente recompensa y castigo.

Pues bien; el último fin al que la Providencia conduce á todas las criaturas materiales ó espirituales es la gloria de Dios, es decir, la manifestación de sus adorables perfecciones. Hé aquí por qué David nos dice: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento publica las maravillas de su poder*<sup>1</sup>. Lo mismo sucede con la tierra, el mar, los animales y con el mas pequeño brote de yerba, que es imposible estudiar sin ver brillar en ellos el poder, la sabiduría y la bondad infinita del Criador. El último fin del hombre es también la gloria de Dios. Ha sido criado como un hermoso espejo en que se reflejan el poder, la bondad, la sabiduría, la espiritualidad y la libertad del celeste Artífice; y basta verla para adorar en el silencio de la admiración al gran Ser que la ha formado.

Además de este último fin que es la gloria de su Autor, todos los

<sup>1</sup> Psalm. xviii, 1.